

Yo no sé por qué le he llamado a «La Colina»... ¿Porque es una de las grandes cabezas del país? ¿Porque es muy culto? ¿Porque sus dominios son la Grecia Antigua y la latinidad? ¿Porque hace homenaje, como yo, a Eros? ¿Porque es catedrático? No sé por qué le he llamado... ¿por qué le llaman los demás?

No lo sé. Pero yo creo que tal vez harías bien en no preocuparte demasiado de «por qué» me has llamado. Podríamos decir que es un cruce de infinitos azares el que nos ha juntado aquí esta noche. Además, ayer precisamente estuve aquí hablando un poco contra eso de la creencia en las causas, de manera que viene muy a punto que intentemos dejar de creer en ellas en la pequeña medida en que se puede.

Pero a usted, ¿por qué le molestan las entrevistas? ¿Por qué no concede entrevistas, por ejemplo, a la Televisión?

Bueno, las entrevistas de por sí no me molestan demasiado... no demasiado. Es decir, que con cosas como la radio, que es tan auditiva, y cosas como la prensa, voy transigiendo. La raya la he puesto en la Tele, en efecto; la Tele se me aparece como una especie de culminación o perfección de todo lo que de más odioso hay de por sí en todos estos medios de formación de masas: conversión de la gente indefinida en masas. La Tele es muy perfecta en eso. Primero porque nadie la llamó a este mundo, nadie deseaba que hubiera Tele; tanto más necesariamente se ha impuesto: esto es una ley. Y después por la estructura misma del aparato, que ni siquiera el cine se puede comparar: esto de que la imagen te venga desde allí, desde delante, echada sobre los ojos; eso de que el aparato venga a sustituir a la vieja lumbre como centro y núcleo del hogar; y tantas cosas más que te podría contar, podrían explicar un poco que mi repugnancia haya puesto la raya más o menos por ahí, a lo mejor algo arbitrariamente.

«Venga a sustituir la vieja lumbre»: esto es muy hermoso. Ah, pues ya sé por qué te he llamado... Hmmm. Te he llamado porque eres un hombre de conducta austera, y porque no te importa el dinero. ¿O miento?

Yo creo que yo, en cuanto Yo, tiene que importarme el Dinero, porque el Dinero y Yo somos casi la misma cosa, lo mismo que el Estado y Yo somos la misma cosa. Lo que pasa es que a lo mejor hay alguna parte en mí que no soy Yo: a ésa a lo mejor no le importa mucho el Dinero.

¿Qué piensas tú del dinero?

Eso en primer lugar; es decir, que como el Progreso mismo demuestra, cada vez es más difícil de separar de las otras formas de Poder, del Estado, por ejemplo. Capital y Estado vienen cada vez más siendo lo mismo, y, sobre todo, lo que es más grave, que Yo Mismo soy Capital y Estado, que yo, en cuanto estoy constituido como Siendo el que Soy, soy, como el elemento con respecto al conjunto, lo mismo que éstos que me constituyen, Dinero y Estado. Lo más maravilloso, sin embargo, del Dinero, es esto a lo que asistimos en nuestra época, tú lo estás viendo todos los días; esto de que se va sublimando, de que aquello que presume de ser lo más material se vaya convirtiendo en lo más sublime, lo más impalpable: ¿quién sabe dónde está el Dinero? Los grandes financieros no manejan, por supuesto, billetes de Banca ni casi talones: manejan en todo caso el Tiempo, esa cosa inasible, y se manejan a sí mismos, bajo su firma; es decir, algo que se acerca mucho al estatuto de las criaturas celestiales o ideales. Esto es lo que más me apasiona del Dinero.

¿Así es que tú eres un ser humano?

Hmmm... «Ser humano» tiene dos partes, y mi actitud respecto a cada una de las dos mitades es bastante distinta. Respecto a lo de 'ser', estoy decididamente en contra, ('ser', que quiere decir Ser el que Soy, como Dios); estoy decididamente en contra porque estoy obligado de alguna manera a serlo. En cuanto a lo otro, lo de 'humano', lo de 'ser hombre', qué sé yo de eso: se ha abusado tanto de esa palabra. Yo no sé dónde empieza y dónde termina lo humano. Sé que efectivamente hay algo que tiene que ver con el lenguaje, en torno al cual la mayor parte de mis estudios y de mis pasiones más o menos se centran, pero yo no sé si eso es humano o si está por debajo o por encima de lo humano.

Bien, pues este hombre es Agustí García Calvo, el catedrático Agustín García Calvo. ¿Eres un hombre difícil?

Difícil...?

Pregunto...

No, yo creo que me paso de fácil. Por ejemplo, pues... es notorio que soy demasiado asequible, que más o menos se me puede abordar, se me pueden dar coñazos infinitos, y que no me quejo demasiado ni doy grandes pataletas. De manera que no de difícil creo que tengo poco ¿no?

¿Eres un tipo duro?

No, eso menos todavía. No quiero decir que sea precisamente blando, no querría ser tampoco de esa manera; pero duro desde luego no soy capaz de ser. Para ser duro hay que estar convencido de muchas cosas. Tú ves los matones, los conquistadores de mujeres, los hombres de la Guerra, los hombres del Poder: su dureza consiste sobre todo en convicción, una fe absoluta en sí mismos... tal vez, como se ve en el caso de uno que es un buen conquistador de mujeres, que no duda un momento de que la otra le está esperando. Bueno, pues estas convicciones que tienen los hombres de Poder, en cualquiera de las esferas, creo que a mí me faltan en una medida muy considerable, de forma que... poco duro.

Agustín García Calvo, ¿tú que piensas de la virilidad?

Un poco te lo he estado diciendo ya, sobre todo al referirme a los casos más extremos y brillantes de esa cualidad. Por lo demás, examinada un poco más en general la cuestión de la virilidad, yo pienso que este nuestro sexo es una pobre cosa más bien. La virilidad es una flor delicada: cualquier cosa puede amustiarla, cualquier cosa puede hacer asustar a esto poco de animalito que nos ha tocado. Si nos comparamos con la mujeres... (si pudiéramos compararnos: ellas, que son enteras, una especie de órgano de amor, y nosotros, que estamos reducidos a tan poquita cosa en cambio, a una parte tan especializada de nosotros mismos), esto sería una de las cosas que explicarían lo pobre y lo relativamente triste y débil de la virilidad.

No me vayas a decir que te consideras poquita cosa.

Considero poquita cosa a los hombres en cuanto a hombres, sobre todo utilizando la comparación... con quién vamos a comparar: la comparación con ellas, donde parece que la vida y el amor tienen por reino todo eso que llamamos el cuerpo. Nosotros tenemos un cuerpo que en su mayoría está hecho para otras cosas, por ejemplo para trabajar. Y luego tenemos una partecilla representante destinada a esos restos de vida y de amor. Esto es una pobreza.

«A trabajar...» ¿Tú no podrías hacer un canto a la pereza?

Tanto como eso no. Podría hacer, y tal vez lo he hecho, unos cuantos cantos contra el trabajo. Pero darle la vuelta y convertir esa negación en algo positivo es algo que, por una táctica que suelo seguir por regla general, pues más bien no haría.

¿Tú podrías convencer a los oyentes de que mañana no vayan a trabajar?

No, sería sumamente improbable. Es decir, tendría que darse esta noche un caso de una inspiración como nunca se ha dado en la Historia. Esto no es metafísicamente imposible, pero es tan sumamente improbable que no merece la pena que perdamos mucho tiempo en hablar de ello.

¿Te consideras un hombre del montón?

Sssshh... bastante, bastante. Me ostino en decirlo y hacerlo ver una vez y otra, y creo que tengo buenos motivos. Para decirlo con más exactitud, creo que soy un representante bastante aceptable del tipo de hombre corriente. Creo que las cosas que me pasan, las cosas que siento, las reacciones que tengo, lo que constituye eso que se llama la persona, podría pasar como un buen término medio, como un buen tipo de gente corriente.

Agustín García Calvo, que eres ácrata ya es conocido y admitido...

...eso es una contradictio in abyecto, porque si ácrata quiere decir de verdad lo que pretende por la etimología, no se puede ser eso. Ser eso querría decir precisamente no ser unas cuantas cosas, y entre ellas eso mismo.

¿Por qué no explicas lo que es la acracia?

Bueno, respecto a lo de ser la acracia una cosa, tendría que repetir lo mismo que he dicho respecto a lo de ser ácrata: hay contradicción. Acracia, por tanto (anarquía, anarquismo), es una palabra que encierra una falacia, porque pretende efectivamente ser la negación del Poder, del Ser mismo, y sin embargo, desde el momento que se maneja como un término positivo, pues viene a entrar en contradicción con ella misma, a destruir aquello que podía haber de vivo en la negación de la que partía. Piensa... piensa esto que tantas veces pienso... la negación es la vida, es lo que está vivo; cuando a esa negación se la convierte en algo positivo es como si se hubiera encontrado la losa adecuada... hemos encontrado la muerte.

A las dos únicas personas que yo me he encontrado que saben latín es al alcalde de Madrid, Tierno Galván, y tú..., que lo sepan bien..

Respecto a Don Enrique Tierno la verdad es que no lo sé muy bien, no lo he examinado. Entre otras cosas, es un poco más viejo que yo, aunque no demasiado. En cuanto a mí, bueno, lo que te puedo decir es que le he dado muchas vueltas a muchos libros de los antiguos, griegos y latinos, y que esas lenguas son de las que más he manejado y estudiado como filólogo, como lingüista.

¿Podrías decir algo en latín?

Pues sí, unas cuantas cosas. ¿Qué es lo que te gusta más?

¿De memoria?

De memoria incluso también, sí. Podría recitarte alguno de los cármicos de Horacio, o el comienzo de la primera égloga de Virgilio, algunos trozos del De Rerum Natura, algún poemilla de Catulo...

Virgilio me gustaría.

Virgilio empieza así, (ya sabes que la primera égloga son los pastores Tíro y Melibeo...)

(Recitación en latín. Suena después la voz de Amando Prada, "Juraría que he sido feliz una vez en la tierra...")

Agustín García Calvo, era muy hermosa tu letra, la que ha cantado Amando Prada: «Juraría que he sido feliz»... ¿Lo juras de verdad?

Las cosas que se dicen cantando, o simplemente en poesía, no se pueden traducir al lenguaje corriente. Podría decirte cosas que tienen que ver con eso, sobre todo cómo a lo largo de la canción no sólo va desapareciendo el objeto que hace la felicidad, sino que al final, cuando se dice «Yo de cierto no sé si fui yo», esté diciendo la último: la felicidad tal vez implica la desaparición de uno mismo.

¿Se aprende a ser feliz?

No... no... ser feliz es un don de los dioses. Lo más, puede uno aprender, con suerte y con costancia, a desprenderse de ideas: las ideas, que son esos caparazones que nos constituyen y que por tanto tal vez nos separan de lo que podría ser vida, de la felicidad. A lo mejor la poesía y la dialéctica, estas artes que me empeño en cultivar a veces, puedan servir para esto de ayudarnos a desprendernos de algunas ideas... cada día.

¿A tí qué o quién te emociona? ¿Dónde encuentras tu felicidad?

No podría responderte así, en abstracto, porque entonces si te dijera: en el amor, en el cine, en el fútbol, pues estaría pensando que éstos son entes que están ahí de una vez para siempre, y no. No: el amor, por ejemplo, no es un ente astrac-

to, aunque en general la Sociedad o el Mundo o como quieras llamarlo, Dios, lo transforme en ello. Tal vez era otra cosa, que estaba más abajo, y a ésta no se la puede definir. Una vez encontrarás en eso mucho gozo y otra vez encontrarás, en lo que se llama de la misma manera, solamente pesadez y en definitiva todo lo contrario del amor: trabajo.

Agustín García Calvo ha escrito el himno de Madrid. ¿Esto cómo se explica? Yo tengo entendido que el presidente de la Comunidad Autónoma de Madrid, a través de Rafael Sánchez Ferlosio y unos amigos comunes, te convencieron para que escribieras el himno a Madrid.

No, esto tengo que apresurarme a corregirlo, porque mi amigo Rafael y algún otro de los amigos a los que se mencionó renunciaron de antemano a tal cosa. No hacía falta, por otra arte, convencerme. He de reconocer que el encargo lo acepté casi sin vacilaciones: un Madrid autónomo era una cosa demasiada tentadora para mí.

Pues yo no lo entiendo muy bien: ¿por qué lo hiciste?

Bueno, dejando aparte lo poco que creo en las causas y lo menos que debía creer, una de las motivaciones evidentemente fue ésta que te digo: un Madrid autónomo era la culminación de las autonomías, la perfección de todo este proceso por el cual el Estado, mediante la repartición de algo que parecería contrario a su unidad, trata con alguna relativa astucia de salvaguardar su unidad; un Madrid autónomo, la última autonomía, era el cumplimiento del proceso. Reconocerás que esto era bastante tentador.

¿Qué dice la letra?

¿La quieres oír?

Me encantaría.

(HIMNO DE MADRID)

Yo estaba en el medio:
giraban las otras en corro
y yo era el centro.
Ya el corro se rompe,
ya se hacen Estado los pueblos,

y aquí de vacía girando
sola me quedo.
Cada cual quiere ser cada una:
no voy a ser menos.
¡Madrid, uno, libre, redondo,
autónomo, entero!
Mire el sujeto
las vueltas que da el mundo
para estarse quieto.
Yo tengo mi cuerpo:
un triángulo roto en el mapa
por ley o decreto,
entre Ávila y Guadalajara,
Segovia y Toledo,
provincia de toda provincia,
flor del desierto.
Somosierra me guarda al Norte
y Guadarrama con Gredos;
Jarama y Henares al Tajo
se llevan el resto.
Y a costa de esto
yo soy el Ente Autónomo último,
el puro y sincero.
Viva mi dueño
que, sólo por ser algo,
soy madrileño.
Y en medio del medio,
capital de la esencia y potencia:
garajes, museos,
estadios, semáforos, bancos
y ¡vivan los muertos!
Madrid, metropol ideal
del Dios del Progreso.
Lo que pasa por ahí todo pasa
en mí, y por eso
funcionarios en mí, proletarios
y números, almas y masas
caen por su peso.
Y yo soy todas y nadie,
político ensueño.
Y ése es mi anhelo,

que por algo se dice
de Madrid al cielo.

¿Por qué dices: «y ¡vivan los muertos!»?

«Por qué» es una pregunta que está saliendo esta noche demasiadas veces. Las canciones, las poesías, se fabrican de alguna manera ellas solas, por una especie de juego de lenguaje, y tonto será el que se crea creador y piense que controla esos mecanismos. Evidentemente, lo más que se puede decir es que eso viene detrás de toda la serie que trata de definir la capital del Ente autónomo y del Estado todavía, con «garajes, museos, estadios, semáforos, bancos, y ¡vivan los muertos!». Una cosa sí te quiero decir: signifique lo que signifique, tiene una cierta intención de ser en cierto modo lo contrario del viejo grito fascista, que sin duda te suena, que decía «Viva la muerte».

Por eso... por eso... Sin embargo a mí me habían dicho que había una cosita ahí, una letra que no aparece: «Ay, Anacleto, tanto moverse el mundo para estar-se quieto».

No es exacta, no es exacta tu cita, que te habrá llegado seguramente por algunos intermediarios, pero... he de reconocer que mi humildad, mi relativa desaparición como creador de esto ha llegado al punto de que ha recibido algunos retoques de inspiración externa, y no estoy nada pesaroso, porque no creo que uno sea el verdadero creador de sus poesías o canciones.

Bueno, pero eso está bien: «Ay, Anacleto, tanto moverse el mundo para estar-se quieto».

Tampoco está mal lo que suena ahora, que dice: «Mire el sujeto las vueltas que da el mundo para estarse quieto».

A mí me parece, Agustín García Calvo, que a ti este mundo te divierte mucho, ¿no?

Este mundo, como a todo el mundo, supongo, me divierte a ratos. Bueno, "me divierte": no me divierte mucho, y además, de por mí no soy muy dado a la diversión. Pienso que la diversión es como la otra cara del aburrimiento, y por tanto el aburrimiento mismo, sólo que conservado de una manera más eficaz. Así que generalmente he decidido no divertirme, y de hecho casi nunca me divierto: unos ratos me lo paso más bien, otros más mal, y eso es todo.

Ya... ¿ Tú has declarado, a propósito del himno de Madrid: «Ojalá sea el último canto a la patria»?

No.

¿No?

No he declarado eso. Supongo que será cosa de los periodistas, que les ha entusiasmado mucho (especialmente por la parte de la derecha, por lo que me han dicho) este himno, y que estos días pues se han dedicado a darle muchas vueltas.

Pero no lo has dicho.

No.

Me gustaría, Agustín García Calvo, que leyeras algo que hayas escrito sobre amor.

Hhmm... canciones de amor, aunque sean sin música. Bien: hay una que es un poco nocturna (supongo que eso te gustará o parecerá apropiado), y que es de amor hasta cierto punto, porque al mismo tiempo también es de lo otro, de lo contrario.

Una vez he dormido contigo:
contigo la pasé la noche en vela.
No sé si tú querrías que se contara;
perdóname: de todos modos
nunca podré contarla de veras.

Florecían allí las paredes
de joyas de mosaico y vidrieras;
temblaban resbalando por tus costados
enaguas de verdemarino
y humo de olor de incienso y verbena;

y se hinchaba la luz de la lámpara;
naranja; o no: o cola de oropéndola;
o no. ¡Un nombre, un nombre! Ya miles de nombres,
muriéndose de inmensa risa,
muñéndose de inmensa risa,
iban brotando allá de mi lengua,

que al brotar se trocaban en ristras
de zanahorias y de berenjenas.
Y una gloriosa falta de peso y tiempo,
que yo me pierdo; y si me palpo,
¡era tu piel. tu vientre de seda!

Luego vino el meollo purpúreo
y embudo de la noche cenicienta:
se supo de repente que estaba herido
de muerte; y no se preguntaba
quién: porque ¿quién lo sabe quién era?

Ronronea enroscado el silencio
junto a una estufa de rubíes, cerca,
acaso dentro. ¡Fuego! Para escaparme,
dormirme pienso; y me susurras
«Pero si estás durmiendo!» a la oreja;

o si pienso «Bah, bah, estoy soñando»,
me miras con tus cuencas violetas
diciéndome «Mentira: lo que estás viendo
es la verdad, y ¡de qué poco
te han de valer dialécticas griegas!»

Y eras tú la verdad que veía,
o la verdad de mi mentira abierta,
o la verdad de nada: ¡si no se sabe
ni qué es lo que es verdad! Tan sólo
que era verdad y había que verla.

Y un sudor se me hiela en la nuca;
los huesos me rechinan como perlas.
¿Ya no vendrá más veces el aura, el aura?
La aurora innumerable ¿nunca
más subirá al balcón de mis tetas?

¡Rota ya el espejuelo!, sombría
tu miel me destilaba por las venas.
Entonces con mi miedo me vi en tus ojos:
vi que también tu verdad misma

era mentira, y vi lo que eras:

que se vio que eres dos y no una:
que no eres una, sino blanca y negra,
o negra o blanca, y sólo juzgando vives:
dos has de ser para ser una,
y para ser, ser mala o ser buena.

No la olvido la noche contigo:
conmigo noche y día viene a vueltas.
Cuando bajé a la calle a por pan y leche,
entre mis palmas por milagro
una por tres brincó la moneda.

Maravilloso.

No he cumplido mucho la promesa de que fuera una canción de amor. Más tarde volveremos a alguna canción de amor más sencillamente de amor.

¿Dónde está la inteligencia: entre los intelectuales o entre los hombres del campo?

«Inteligencia» es una palabra que la gente usa queriendo decir una gama bastante amplia de cosas. Desde luego, lo primero es oponerla a la astucia, que sería una especie de aplicación práctica que la volvería del revés. Inteligencia querría decir tal desprendimiento de uno mismo que fuera capaz de ver y de oír las cosas como lucen, como suenan de por sí. La inteligencia tal vez está por tanto fuera de nosotros; está, como la razón de Heráclito, en todos los procesos de las cosas mismas y también en nosotros, y tal vez este pecado que nos constituye como hombres, en el peor sentido de la palabra, consiste en haberla sustituido por creencias, por ideas. Por tanto, es algo más fácil encontrar algo de eso entre los no intelectuales, pero por desgracia también entre esta gente a la que suelo llamar gente corriente abundan las ideas mucho más de lo que se cree... y las creencias.

¿Qué es lo más inteligente que podemos hacer en esta vida?

Tal vez eso... aprender a desprendernos de nuestras ideas, que es, en cierto modo, aprender a desprendernos cada uno de Sí Mismo.

¿Se puede dividir el mundo en listos y bobos, en ricos y pobres?

Evidentemente el mundo está dividido así. Eso es un mero reconocimiento de esto que se llama Realidad y que está constituido ya, no sólo por lo que haya debajo de las ideas, sino por las ideas. Hay listos y tontos, que lo demuestran con su éxito, con su fracaso, y hay ricos y pobres.

¿Cómo va esa historia de David y Goliat? ¿Sigue?

Ese símbolo puede usarse de una manera adecuada, pero tal vez un tanto fanfarrona, para representar el intento de que desde abajo (ya recuerdas que Goliat era mucho más alto que David) se trata de lanzar piedras hacia arriba, queriendo decir 'arriba' todo eso que es el Señor, el Poder, el Capital, el Estado. La desproporción de fuerzas es efectivamente inmensa, sin duda mucho más grande que David y Goliat, tal como la Biblia nos presenta. Sin embargo, pues ya ves, hay algunos que piensan que no está demostrado que esa victoria del más fuerte sea una especie de fatalidad, y que entonces se dedican al ejercicio de dar vueltas a la onda y lanzar piedras, para por si acaso.

Dicen que en tus viejos tiempos de catedrático en Madrid desafiabas a la Religión rindiendo culto, no sé si a Eros o Afrodita, o algún dios del amor.

Estas leyendas son a veces hechas como referidas a Madrid. Otros, en un papel que me enseñaron el otro día en un periódico de derechas (yo creo que era ABC) las referían a mis años de París. En realidad las leyendas son mucho más viejas; me acompañan desde mis años de estudiante en Salamanca, me acompañaron sobre todo aquí en Sevilla, donde se desarrollaron mucho a la sombra de una pugna que había entonces entre la naciente Tecnoocracia religiosa y los que estaban un poco fuera de ella.

Pero te echaron.

Me echaron de la Universidad.

Hhmmm...

Aprovechando que por rara coincidencia, cuando yo me encontraba muy capaz de aguantar por entonces mi propia condición de catedrático, los estudiantes empezaron a descubrir cosas y a hablar de una manera sorprendente para todos, para mí también. Pero, a pesar de la sorpresa, me encontré metido entre ellos, como si en su desorden estuviera en mi casa. Entonces fueron unos días muy gozosos: febrero, los comienzos de marzo del sesenta y cinco; y bueno, lo otro ya no tiene importancia, es prosaico. La Autoridad tomó la medida de echarme, sí.

Porque decían que invitabas a la subversión a los alumnos.

No, simplemente fue una cosa, como te digo, sorprendente. No sólo en España, sino en todas partes: esta especie de rebelión de los estudiantes en los años 60 y tantos cogió de sorpresa al Poder. En los primeros días no reaccionaron, y después empezaron a hacerlo con medidas como éstas, como la de dispersar los edificios universitarios, reduplicar la velocidad en el cambio de los planes de estudio, con medidas asimilatorias como la de introducir en algunas Universidades pues estudios de marxismo o de revolución hispanoamericana; en fin, lo consabido, vamos: esto es lo consabido. Lo que no era tan consabido es lo que pasó en aquellos días.

Ehhh... ¿La vida te ha tratado bien?

La Vida no me atrevería a decirla así, poniéndole una mayúscula como si fuera ella la que trata... ¿Qué sabemos qué es eso de 'la vida'? Ayer, cuando estábamos hablando (estaba hablando con la gente acerca del Tiempo), hablaba de esto que nos pasa de que la vida se nos convierte, nos la convierte quien sea en Tiempo. Quien hace esto, llámesele Señor Todopoderoso o que pretende serlo, llámesele Dinero, llámesele Ley del Trabajo, llámesele Ley sin más: quien hace esto me ha tratado mal, convirtiéndome al mismo tiempo, gracias a ello, en este señor que soy y al que por un lado odio. En cambio, hay otras muchas cosas a las que tengo que reconocer un agradecimiento por debajo de todo ello: tierras, algunas ciudades, algunas gentes...

¿De qué muere, Agustín García Calvo, el hombre moderno?

El hombre moderno muere, como todos los hombres, (porque cada vez reconozco menos diferencia entre unas épocas históricas y otras: porque esto de creer que esto que nos está pasando a nosotros es una época histórica como la de Napoleón o la de los romanos es un error eximio contra el que había de estar hablando constantemente); de manera que el hombre muere ahora, como siempre, de la necesidad de saber quién es él, porque para saber quién es él y para saber que la vida es su vida, este hombre tiene que creer en su muerte. Solamente gracias a ese límite, al reconocimiento de esa muerte, consigue ese otro pobre pago de saber quién es y saber que la vida es su vida. De eso se muere.

Has hablado de la muerte, y yo tengo aquí una carta que me gustaría leer:

«Querido loco, te escribo porque necesito tu ayuda. Tengo veinte años, casi sin estrenar, y me voy a morir. Sí, como lo estás leyendo. No voy a continuar aquí durante mucho tiempo, y

todo por culpa de una horrible enfermedad llamada leucemia. No hace dos meses que me dijeron lo que tenía. Ya no estoy en casa, sino entre las cuatro blancas y frías paredes de este hospital. A lo mejor te preguntas por qué te escribo, que tú no puedes hacer nada para curarme: eso ya lo sé. Sí supiera que tienes un brebaje misterioso y mágico te lo hubiera pedido hace ya tiempo. La verdad es que no sé por qué te escribo, loco, pero es que tengo miedo, miedo a morir, a morir sin haber vivido. Y este miedo se va acrecentando a medida que noto que la vida se va escapando sin que yo pueda hacer nada para retenerla. Estoy recordando ahora cuando yo presumía de no tener miedo a la muerte, pues pensaba que la vida era un largo viaje en un tren maravilloso, y la muerte era la llegada, el fin de trayecto. Pero mi viaje ha sido tan corto, mi llegada está tan cerca que no he disfrutado; hace tan poco tiempo que me subí a él. Me pregunto, loco, que le he hecho yo a la vida para que me abandone, para que me deje; por qué tengo que morir si yo quiero con todas mis fuerzas seguir viviendo. Si yo pudiera hablar con todas esas personas que piensan abandonar el viaje antes de la llegada, me gustaría transmitirles mi amor por la vida, por este tesoro tan maravilloso que nos ha sido dado al nacer, y que hay que gastar poco a poco y no tirarlo, sino disfrutar de él, sacarle todo el provecho, pues para eso, para eso está, para hacernos felices y no desgraciados. Por todo esto hay que seguir viviendo, y viviendo con alegría, con felicidad y amor. Muchas veces en tu programa, loco, pides razones para vivir: yo ahora mismo, sin pensar, te daría diez millones de ellas. Por todo merece la pena seguir viviendo: por una noche fea, por la entrada de la primavera, por un niño abrazado a su madre. Cuántas y cuántas cosas nos muestra lo maravilloso que es esto. Sí, diez millones de razones para vivir, pero dame una sola que valga la pena para morir, una sola razón por la que valga dejar esta vida, y te lo agradeceré. Pues yo ahora, que tengo mucho tiempo para pensar, la he intentado descubrir, pero ni una sola es suficientemente fuerte para dejar este viaje. Loco, estoy asustada y te pido ayuda... ¿Me quedaré aquí o volaré por el espacio sin rumbo fijo? ¿Me reencarnaré en otro cuerpo? Nunca me había ocupado con tantas preguntas sin contestación, pero creo que en estos días, en estos difíciles momentos, se te agolpan una detrás de otra sin saber qué responder ni adonde acudir para saber la contestación. Pero, si como dicen algunos, el cuerpo desaparece y el espíritu continua en la tierra, me iré a tu colina, y cuando te encuentres decaído estaré a tu lado, animándote, para que des ánimos a todos los que día a día están decaídos, para que puedas descubrir esa belleza oculta que la vida encierra. Así, loco, a ti que te oyen tantas personas, te pido que les ayudes a descubrir la belleza de la vida, para que no se bajen del tren sin haberla descubierto aún.

Rocío (Sevilla)

Yo no sé qué decir, Agustín García Calvo...

Es que tal vez es un poco irrespetuoso, ante una carta así, y pensando que detrás está efectivamente una persona que siente la muerte tan cerca, puesto que cree en esta amenaza que pesa sobre ella; tal vez es un poco irrespetuoso intentar hablar. Ella, a pesar de todo, y esto es muy conmovedor de ella y de la raza humana en general, hasta en ese trance trata de buscar razones, de seguir hablando acerca de ello. Esto me conmueve tal vez todavía más profundamente que la cercanía de la muerte. Una cosa puramente negativa podría decir: razones para morirse, para bajarse como Ila dice del tren, no hay ninguna ni hay por qué buscarlas: no hay razones. Pero al mismo tiempo, no es verdad tampoco que haya razones para vivir; ahí se engaña, ahí sigue presa de la mala literatura, de la mala religión. No hay tampoco razones para vivir, y entonces, poniendo las dos cosas juntas, las dos faltas: la falta de razón para vivir y la falta de razón para morir, la cosa se plantee de otra manera. Esto bien sé que no puede valerle a ella ni a nadie como consuelo, pero, puesto que ella parece al mismo tiempo que amar la vida, amar la verdad también, en ese sentido podría ayudarla un poco y también el hacerle ver que la diferencia en la longitud cuenta muy poco; que eso que ella cree tener ahí encima lo tenemos encima tú y yo, y no sólo es tan corta la vida de cada uno, sino que, aún cuando se nos prometieran inmortalidades, inmortalidades de gloria, inmortalidades de cielo, eso serían mil años, seis mil años, lo cual sigue siendo nada respecto a la inmensidad del no estar.

Estoy charlando con el catedrático Agustín García Calvo. Todos reconocemos que es un talentazo, pero en el teatro no ha tenido suerte, no vende muchos libros... Y tú por eso, ¿te sientes frustrado?

No, yo creo que no, aparte de la repugnancia por una palabra tan de moda. Además, la verdad es que con respecto al éxito soy más bien una medianía. Mis libros se venden un poco, hasta el punto de que van subvencionando su propia publicación desde hace muchos años. Sobre todo se venden bastante los libros de poesías, canciones y cosas así, lo cual es bastante sorprendente en un mundo donde parece que la poesía ha quedado fuera de las leyes de la oferta y la demanda, fuera del Consumo, que por desgracia quiere decir también en general el uso por la gente para convertirse en mero artículo de Cultura; y sin embargo se venden bastante, tal vez se usan. Y luego, en cuanto a teatro, pues estos últimos años por ejemplo, he estado metiendo la nariz más o menos en ello, y la verdad es que el resultado también es de ser medios fracasos nada más. El "Sueño de una noche de verano", de Shakespeare, y "Los Carboneros", de Aristófanes, el "Edipo rey" el año pasado, no son cosas que hayan salido tal como habría sido mi deseo, es decir, tal como deberían haber salido, pero bueno, ahí están: hemos jugado también, aunque sea un poco torpemente a este juego supremo entre los juegos que es el teatro.

Sí, es verdad que ha habido grandes éxitos, pero yo me refería a que no has tenido el éxito que mereces.

Es que no sé si yo merezco éxito alguno, desde luego personalmente...

Bueno, que tu obra sea conocida lo suficiente.

Sí, sí, pero qué le vamos a hacer. Ya sabes que en cuanto esto de poesía, teatro, lógica, lingüística y demás, pues las leyes del Comercio... Es apasionante estudiarlo ¿no?; y suceden cosas como ésa que te decía: se ha desarrollado una especie de producción para el mundo de los cultos, para la Cultura, cosas de las que se consumen más bien porque gracias a ellas uno puede adquirir el marchamo de culto. Ese es un mundo en el que me resisto a entrar, a pesar de mi cercanía por la Universidad o por los libros. Por otra parte, separado de esto, está el mundo de lo que los dirigentes llaman odiosamente Masas, a las cuales se les dedican productos que sin temor podemos llamar bazofias, en la letra y la música de las canciones, en las otras producciones que los medios de difusión ofrecen. Romper esta separación, cosa en la que estoy empeñado, es difícil; y tú debes de saberlo porque esta emisión tuya toca también algo en este sentido, es decir, conseguir un público general, no especializado, no precisamente de progres ni cultos, y en el que sin embargo puedas ofrecer algunas cosas de una cierta dignidad, de una cierta alegría, que no sean esas obras que estaban ya hechas antes de hacerse, que despierten algo de nuevo. También va, pienso yo, sin conocerla muy a fondo esta empresa tuya, en un sentido parecido a aquellas varias en las que me disperso a lo largo de los años para romper esa separación.

Agustín García Calvo, ¿el microscopio aplicado al alma humana nos sorprendería?

Microscopio, o telescopio, o más bien aparato fotográfico, que sería lo más adecuado...

O perforadora, ja, ja, ja...

Pienso que la palabra 'alma' es de esas palabras que sólo en determinados contextos se pueden seguir usando con una cierta inocencia. Por lo demás, ya ha venido a ser equivalente a estas otras palabras más notoriamente odiosas, como el Ser y la Persona. Esa alma, más que aplicarla a microscopios o telescopios, ni siquiera a la cámara fotográfica, lo que habría que hacer es venderla. Hace ya

muchos años que escribí la propuesta de cómo se podía hacer esta oferta de venta de la propia alma.

¿Tú has vendido tu alma al diablo?

No lo sé muy bien. Escribí, como por encargo, el casi formulario razonado de cómo se debe hacer esta oferta de venta, cómo se debe llegar a la firma del contrato. Por mi parte no estoy muy seguro de si esta firma ha llegado a ser una firma realmente legal y válida. Me encuentro todavía en dudas; a lo mejor resulta que sí, que aquel contrato se firmó y es válido y he vendido mi alma. No puedo estar seguro porque el precio que a cambio se ofrece, es decir, juventud y sabiduría, no tengo todavía mucha sensación de haberlo recibido.

¿La bondad existe?

«Existir» es un verbo que hace ya muchos años que procuro no emplear; es un verbo que reconocidamente se empleó para Dios. Dios es verdad que pretendía ser infinitamente bueno, pero al mismo tiempo pretendía ser todopoderoso. Estas dos cosas, para mí, no casan. Entonces el verbo 'existir' se empleaba para referirse precisamente a ese sujeto, a alguien que por una parte era sin fin, lo había en todas partes, y que por otra parte era total, cerrado y todopoderoso. A cualquiera cosa de la que se dice 'existir' ahora se la está dotando de características semejantes a las de ese Dios de los teólogos. Por eso de cualquier cosa a la que yo puedo mantener cierta estima nunca digo 'existir'; y respecto a la bondad por tanto, ya ves que lo que a la inteligencia, a la dialéctica le cabe: es descubrir las formas del engaño, es decir, aquellas formas de maldad que se presentan juntamente recubiertas de lo contrario. Pero descubrir una bondad que no fuera esa bondad falsa me parece que está más allá de los poderes de la inteligencia.

¿Existe el hombre intencionadamente malo?

Volviendo a suprimir el verbo existir...

Ja, ja, ja...

...porque si no lo suprimo resulta que el hombre intencionadamente malo (y habría buenas razones para decirlo así), es precisamente ese Dios que te acabo de describir, y entonces sería precisamente el único que existe. Pero, un poco más en serio, te diré que en esto soy un socrático fiel; es decir, que lo mismo que Sócrates, estoy convencido de que se puede descubrir una vez y otra que nadie hace mal a sabiendas. Y esta demostración, a la que Sócrates dedicaba su vida, coin-

cide, como recuerdas muy bien, con aquellas palabras de Cristo en la cruz, donde dice: "No saben lo que hacen".

¿Tienes las ideas muy claras ¿no?

Ideas ya te he dicho antes que cada día me levanto para desprenderme de unas pocas. Es decir, que respecto a esto de la claridad puede haber mucho engaño. Por supuesto, me he ejercitado durante muchos años, entre otras artes, en el arte de hablar claro, pero no porque mis ideas sean claras, sino porque me parece que un razonamiento preciso (esto en definitiva es lo que quiere decir 'claro') es un arma, tal vez un arma más útil para destruir la falsa claridad de las ideas que dominan (pero que dominan y en las que se cree) precisamente porque nunca se piensa en ellas. Justamente el pensar claro puede confiarse, sin confiar demasiado, en que a lo mejor actúe como un cuchillo o como una demoledora frente a una falsa claridad de las ideas recibidas.

Agustín García Calvo: España te escucha: ¿qué le dices tú a España?

A España nada, por supuesto. España es una cosa en la que no creo. Tú como yo sabemos que se trata de una cosa creada desde Arriba, no venida desde abajo, de la gente que vive debajo del nombre de España; y yo procuro distinguir muy bien entre muchas tierras a las que tengo mucho cariño, y gentes por la que siento mucha simpatía, con el nombre que las recubre como nombre de un Estado. De manera que una vez y otra intentaré hablarles a esas gentes y hasta, en una especie de alarde poético, dirigirme a las tierras, a las ciudades que quiero bien, a las que odio también; pero España me resultaría siempre un objeto de indiferencia como mera abstracción.

¿En tu corazón hay rencor? Has hablado de odio...

Odio, sí. La palabra rencor tal vez en otras connotaciones, de las que me gustaría librar; y desde luego yo creo que no soy muy aficionado de por mí a tener o a guardar rencor. Odio es otra cosa... tal vez más pura. Pienso que si odio es aquello que enseña a decir «no» a las falsedades, a las mentiras, a todo aquello que se vende como verdades, entonces ese odio es la verdadera manifestación del amor. Porque sería vano, es pura literatura, intentar decir «sí», intentar declarar el amor: declarándolo se convierte en lo contrario de lo que pretendía. Pero en cambio puede que el amor sea el aliento que hace odiar la mentira establecida, y que enseña a decir «no».

¿Qué se puede hacer con Ja agresividad?

¿La agresividad?: según como se manifieste. Si lo hace por ejemplo en la forma en que tú, al salir una noche a dar una vuelta por la ciudad te encuentras con un muchachito que, víctima de sus convicciones bien establecidas, te saca la navaja o te rompe en el bordillo de la acera una botella para amenazarte con ella, pues ¿qué vas a hacer?: tú, como yo, hacemos lo que se pueda, es decir, utilizamos la defensa activa o bien la huida o bien, si da lugar, la persuasión; porque, efectivamente, tampoco hay un motivo muy serio para dejarse uno clavar un cascote de botella en la cara ni atravesar por una navaja. Pero si de lo que me hablas es de la agresividad en abstracto, de ésta de la que habla la prensa, ésta te confieso que como todas las abstracciones me interesa muy poco. Eso se ha convertido en una especie justamente de objeto de distracción con respecto a los verdaderos problemas. Yo no creo que se puedan tomar medidas en abstracto contra la agresividad en abstracto. Pienso que todo ello es un entretenimiento para políticos, para los medios de difusión, pero que nunca puede pasar de ahí.

¿Hay que agradecerle algo a la vida?

Bueno, si te empeñas en personificar a la vida, como el padre Lucrecio personificaba a Rerum Natura...

Ja... ja... ja...

...qué te voy a decir. Pues habría que sentirse a lo mejor agradecido de estar vivo. Pero es que el decir que está uno agradecido de estar vivo tiene una consecuencia muy curiosa, y es que enseguida uno se pregunta: ¿quién?, ¿quién es el que está agradecido de estar vivo? Y por tanto, ¿qué sentido tiene que alguien, desde dentro, es decir, justamente en cuanto se reconoce como vivo, diga que está agradecido por tal cosa? La verdad es que la fórmula es bien vacía ¿no? El agradecimiento, no a la vida tan en abstracto, el agradecimiento a cosas que a uno le hacen sentir, o a sitios o a gentes que le hacen ocasionalmente sentir, es un agradecimiento que no se demuestra con palabras, sino que se demuestra devolviendo lo mismo, esto es, siendo uno también un objeto, un sitio donde es fácil, por lo menos algunas veces, que otros vengan a beber y saquen algo de ese placer y ese entendimiento.

¿Has militado alguna vez en algún partido?

Nunca.

¿Por qué?

Ah... los motivos sobran ahí. Militar en un partido de izquierdas (porque, la verdad es que la otra situación ni siquiera me la imagino en estos momentos), militar en un partido de izquierdas querría decir creer que se pueden usar las armas del enemigo para luchar contra él. Por ejemplo, la organización, organizarse, la obediencia, el tener ideas bien fijadas, el impartir estas ideas a los supuestos otros miembros, y especialmente a los que algunos llaman «base» del mismo partido. Todo esto son cosas tan infames que apenas puedo tolerarlas sino metiéndome con ellas cuando se presentan en el Poder constituido. Creer que estas mismas armas se pueden impunemente usar contra ese enemigo, fe que es fundamental para cualquier partido de izquierdas, me parece una ingenuidad, en cierto sentido tal vez culpable. No creo que los medios estén separados de los fines. Las armas llevan su utilización escrita en su propia forma: una ametralladora o un aparato de Televisión no sirven para otra cosa que para aquello para lo que se han hecho; es inútil pensar que puedan servir para lo contrario. Este error, entre otros que están en la base de la organización política, es el que desde hace mucho tiempo, pienso yo, que me ha desanimado de militar y de ascribirme a ningún partido.

Si se destruyera este mundo, ¿tú que construirías en él?

Eso no me corresponde a mí. Es una cosa con la que me encuentro todos los días; por ejemplo, cuando uno habla en público y se dedica (porque yo no hago otra cosa) a hablar contra diferentes formas del enemigo, de la mentira; se encuentra uno todos los días a gente que muy bien intencionadamente te pregunta: «Pero, bueno, entonces: ¿qué?», «¿cuál es parte positiva después?» Es preciso tener el valor, en cierto sentido, de decir que la parte positiva no nos corresponde a nosotros, que si nosotros de verdad llegáramos a hacer algo por la destrucción de veras de algunas de esas ideas, de algunas de esas mentiras, ya habríamos hecho muchísimo, y que entonces habría otros, que yo no conozco, que serían los que se encargarían de hacer algo, si es que había lugar. Pero en todo caso, lo cierto es que a nosotros, honradamente, sólo nos queda tocar la parte negativa, la parte de destrucción. Pienso, por decirte la verdad, que esa destrucción es en cierto modo la única forma de construcción. Esto implica una cierta confianza, que se sabe ella misma no demostrada, en que a las gentes, por ejemplo, simplemente con que se las libere de las creencias, de los hierros del Poder, ellas mismas sabrían qué es lo que tenían que hacer, y sabrían en cierto modo cómo se vive. Es una confianza, como te digo, no demostrada, pero que está en la base de todo esto: pensar que, por ejemplo, esto a lo que yo me dedico mayormente, que es hablar, sea en forma de hacer canciones, sea en forma de hacer razonamientos, quiere tener como fruto alguna conclusión, que después se preste a desarrollar un programa para hacer algo, otro mundo, me parece una especie de traición a la palabra

misma y a muchas cosas más; mi confianza es en que esto mismo que estamos haciendo ahora, una conversación, un razonamiento, una poesía que es buena, son ellas ya una acción, hacen todo lo que pueden hacer por el solo hecho de sonar y no le corresponde a uno preocuparse de qué es lo que va a hacer, qué es lo que va a construir o a dejar de construir.

Tu conclusión entonces es que...

Que no nos corresponde esa parte; que nosotros no somos ningún Dios creador de ningún mundo; que, con mucha suerte y mucha limpieza, podemos efectivamente ser eliminadores, descubridores de alguna de las mentiras que nos tienen presos.

Estoy muy a gusto con Agustín García Calvo... Ya sé que hay muchos invitados con los que deseo también hablar, que tengo ilusión por hablar... Pero, me has dejado muy preocupado...

¿Por qué preocupado?

Porque ya no sé si hay que precipitar el final...

Bueno, tú tienes, por desgracia diría yo, tienes un programa, tienes un tiempo contado; con esto también contaba yo al venir aquí, de manera que es a ti al que te corresponde un poco...

No, no, pero si yo me refería...

...como rey de las ondas...

...yo me refería al final del mundo ¿eh? Ja... ja... ja...

Es algo parecido también.

Ja, ja, «es algo parecido...» ja, ja... ¿ Vas cambiando con el tiempo?

Como cualquiera. Lo que pasa es que hay que anotar que este cambio es un truco para la permanencia, porque se cambia para seguir siendo lo mismo. Esto es lo terrible.

Es decir, que el hombre va atado indisolublemente a lo que es?

Está condenado a ser lo que es, desde que entra en este mundo, desde que aprende a hablar, y desde que aprende a creer, por tanto, en este absurdo fundamental de que al mismo tiempo él es el que es, único e irrepetible, y al mismo tiempo es uno del conjunto, uno que se puede contar como una unidad entre las demás de una población o de un Estado. Estas dos cosas no casan. Pero sin embargo estas dos cosas, que son una contradicción y un absurdo, es lo que a uno le hacen creer desde pequeño, y con eso es con lo que tiene que ir tirando, porque le parece (esta es la confusión), le parece que renunciar a esta creencia sería algo así como morir, y confunde la muerte de la vida con la muerte de este ser en el que está obligado a creer. Esto en pocas palabras es una especie de formulación de la tragedia de cualquiera.

¿Hay algo que te inquiete ahora mismo en este país?

Muchas cosas todos los días; tal vez ninguna de una manera muy permanente, y desde luego ninguna de una manera muy obsesiva. Pero todos los días, y no porque este país sea este país, sino porque es un país como otro cualquiera, encuentro motivos para perder la tranquilidad, si es que «inquietan» quiere decir eso, y para ponerme, aunque sea vanamente, los arreos de la lucha una vez y otra cada día; arreos de la lucha, que es una lucha muy inocente y quiere decir sobre todo esa lucha para desprenderse de ideas y, si es caso, ayudar a los demás y a uno mismo.

Me habías prometido...

Más poemas de amor, sí: ¿quieres eso?

Sí, porque es curioso, no hemos hablado del amor.

Tal vez hayamos hecho bien.

¿Sí?

Tal vez. Mejor, mejor te voy a dar éstas a ti y a tus oyentes...

¿Cómo funcionaba... perdóname la pregunta...

Sí...?

...cómo funcionaba mejor la pareja, en la caverna o en la progrelandia?

Yo no estaba en la caverna ¿eh?, y aquí estoy; pero de la caverna no sé nada más que los cuentos que cuentan los prehistoriadores y sobre todo la ciencia ficción. Mi sospecha es que funcionaba exactamente igual, es decir, que esa conversión del sentimiento amoroso en una especie de institución, más o menos, un matrimonio con el nombre más o menos progre que se le quiera dar, es una especie de necesidad inherente a toda Sociedad.

¿Los momentos más bellos de tu vida van unidos a una mujer?

'Bellos' es una palabra demasiado estética para referirse a eso. Pero sí, muchos de los recuerdos más conmovedores que me vuelven una y otra vez están efectivamente ligados con alguna mujer.

Oye, y esa precisión en el lenguaje ¿te ha costado muchos años?

Pues no sé, esto es como los cantos que van rodando: con tiempo y con costancia yo creo que algo se va ganando en habilidad... Bueno, soy aquí tal vez un poco demasiado modesto: con tiempo y con costancia y sobre todo con un amor por la cosa que le ayuda a uno a desprenderse de las ideas que son las que hacen confuso al lenguaje. Cuando tienes cosas que demostrar, hablas oscuro y torpe; a medida que te vas limpiando, que lo que te importa es la cosa y no tienes nada tuyo que demostrar, el lenguaje probablemente se va haciendo más claro y más preciso.

¿Cómo es tu soledad, Agustín García Calvo?

Escasa la mayor parte de las veces, sobre todo estos últimos años; a veces un objeto de añoranza. Tengo grandes ganas de estar solo, y por unas cosas y por otras o no me dejan o no me dejo estar solo todos los ratos que quisiera. Para mí, en general, la soledad es una cosa muy gozosa.

Pero... ¿qué tendrías que decirle al que siente la soledad impuesta, no elegida, como tú señalas?

Habría que ver el caso en concreto. Me fastidia tener que dar consejos, pero más darlos así, para casos que son muy distintos los unos de los otros. Alguien puede estar condenado a la soledad por una especie de terrible necesidad de conservar, de mantener a toda costa eso de su Ser, de seguir siendo fiel a sí mismo, que siente amenazado al menor contacto. Otros, por el contrario, pueden haberse condenado a la soledad por una especie de desprecio o de cerco que le han hecho del exterior; y podría seguirte contando casos, y para cada uno, pues no sé,

habría que decir más en concreto y en preciso lo que se podría hacer tal vez para salir de ello.

A mí me gustaría, no escuchar el poema en estos momentos, sino una canción. Me parece que la letra sí es tuya: «Sólo de lo negado»

Sí, es una música de Chicho Sánchez Ferlosio; supongo que la oiremos en la ejecución de Amancio Prada.

Sí.

Encantado.

¿Recuerdas tú esa letra?

Sí.

¿Como dice?

Sólo de lo negado canta el hombre,
sólo de lo perdido,
sólo de la añoranza,
siempre de lo mismo.

Cuando cerró para siempre el huerto
la cancela de espinos,
entonces se inventó la queja de la lira,
la flauta del suspiro.

Y desde entonces sólo canta
en su torre el cautivo,
a su rueca la esclava,
el desterrado en el navío.

De la jaula (aletea y sangra)
el pájaro desconocido
salir quiere, y no puede:
su jaula es él mismo.

Y por eso el minero canta
por un sol de oro limpio;

canta el pobre, la pena canta;
no canta el rico.

Entre las piernas de la amiga
vida busca el amigo,
y se encuentra con un tesoro
de verdes ojos fríos.

Y así es como canta el hombre
por su niño antiguo,
y la boca sin pan y sin besos,
y el cielo vacío:

siempre de la añoranza, de lo negado,
de lo perdido;
siempre de lo de otro,
nunca de lo mío.

Así que estamos otra noche hablando...

No sé bien por qué quieres que hablemos, por qué me llamas aquí; tampoco sé muy bien por qué vengo, ni qué es lo que quiero hablando. Como es en la noche, podría sospecharse que hablamos para dormir a la gente o para dormirnos, y también podría sospecharse lo contrario: que hay un secreto intento de que este adormecer de las palabras pueda ser de algún modo un despertar.

¿Qué piensas de la Cultura?

Tú probablemente hablas de la Cultura bien entendida cuando sacas esa palabra. Por mi parte he de confesarte que me es muy difícil entender bien esa palabra. Está demasiado cargada; es de aquellas que hace mucho tiempo que he preferido dejárselas al enemigo. Es tan evidente que la Cultura ha llegado a formar parte del aparato del Poder, tanto del Capital como del Estado, que yo creo que ya no se puede emplear inocentemente. Tendríamos que inventar otra o más bien no designar con ninguna esto que estamos haciendo aquí, esto con lo que tu emisión está llegando a tanta gente, probablemente deseosa de algo que no sabe lo que es. No designarla con ningún nombre, y dejar que la conversación, que la canción, la poesía, hagan lo que puedan, sin saber cómo se llaman, y tal vez, sobre todo, sin saber que se llaman Cultura.

¿Quiénes son tus enemigos?

Querría, y creo que es bastante cierto, que mis enemigos son enemigos de la gente corriente en general. Es decir, todo eso que viene de Arriba, que está impuesto desde una u otra forma de Poder; aquello que se esfuerza constantemente por desfigurar lo que podría ser un trascurso de cosa desconocida, que queda convertida con esa configuración en muerte regida, controlada, legislada.

Si hubieras tenido la oportunidad de elegir, ¿hubieras nacido?

Esas son cuestiones que yo sé que la gente se plantea y tal vez haces bien en sacar aquí otra vez. Pero es importante descubrir cómo todas esas cuestiones son vanas, no tienen sentido. La gente muchas veces, en vez de plantearse la elección de nacer o no, se plantea la cuestión de haber nacido en este sitio que se ha nacido o en otro sitio distinto; haber sido mujer en lugar de haber sido hombre; haberse llamado con este nombre o con el otro. En eso se encierra un error muy interesante. Se desconoce que yo, en cuanto que soy éste que soy, estoy constituido precisamente por una serie de rasgos entre los cuales está, no sólo el haber nacido, sino el haber nacido aquí o allá, y el haber incluso recibido este nombre o el otro. Estoy configurado por todo eso, y fuera de esa configuración que me dan las circunstancias, yo apenas podría decir que sea nada; sería en todo caso una cualquiera cosa. Sin embargo ya ves, domina esa fe, domina en que por debajo de toda esa configuración del nombre, de la nacionalidad, de la ascripción familiar, de la profesión, hay una especie de esencia íntima y secreta, la cual podría por ejemplo nacer, haber nacido, no haber nacido, y también, por supuesto, morir o no morir. Ese es el engaño: no hay tal fe. Convendría que nos pasáramos la vida aprendiendo en descubrir cómo no hay tal fe en mí que fuera capaz de elegir el nacer o el no nacer, el nacer aquí o el nacer allá, el morir o el no morir. En definitiva yo soy el que soy gracias a la necesaria fe en mi muerte, y en mi muerte está comprendido por supuesto el nacimiento.

¿Qué cautiva más a la gente: lo que se dice o cómo se dice?

Hay cosas en las que me gustaría insistir una vez más; por ejemplo, en que esa distinción no debe hacerse. Lo que se llama, por ejemplo, el lenguaje poético, es el caso por excelencia. Ahí la separación entre 'lo que se dice' y el 'cómo se dice' es mortal. Precisamente el secreto está en que el 'cómo', en la manera en que las palabras se enlazan, la sintaxis, el ritmo, arrastre consigo al 'qué' y no se le pueda ya separar nunca. Sólo en el lenguaje del Comercio, de los negocios, en el lenguaje de la Política de los políticos esa separación tiene sentido.

Agustín, ¿tú cómo disimulas tu miedo a la vida?

«Miedo a la vida» llamas probablemente a aquello a lo que el padre Lucrecio llamaba «miedo a la muerte», y en el que ponía el germen de todos los demás miedos, que serían simplemente como apariciones suyas: miedo a la pobreza, miedo al desencanto, a la frustración, a la deshonra, al abandono. Yo creo que puedo decir que trato de disimular muy poquito esos miedos. Por el contrario, mi tendencia más habitual es declararlos, darles salida: decir que tengo miedo de esto o de lo otro cuando lo tengo. Y no sé si la táctica es buena o mala, pero en todo caso para mí es la más fácil, y por otra parte no creo que haya mucha diferencia de eficacia entre unas tácticas y otras frente a ese miedo.

¿Por qué, Agustín García Calvo, todos los hombres del Mayo francés están desencantados o han terminado en la derecha?

No sé bien quiénes son «los hombres del Mayo francés» Desde luego, yo no me sentiría inclinado a incluirme en ningún Mayo ni en ningún Febrero, por recordar ahora lo que más de cerca me tocaría, que sería el Febrero del '65, este preludio entre nosotros de lo que iba a ser el Mayo francés. Pienso que ha habido desde entonces un encarnizamiento por parte de los que saben en reducir todos aquellos acontecimientos imprevistos a la Historia. Esto es lo importante: lo que se refiere a la cosa, a aquella especie de rebelión inesperada. Lo que ha pasado con los hombres es lo menos importante, porque eso es lo que pasa siempre: los hombres suelen irse formando, asentando, estableciendo, y por tanto volviéndose poco interesantes. En aquel momento aquellos hombres no eran estos hombres; eran muchachos probablemente a medio formar y que gracias a ello tenían una cierta facilidad para dejarse llevar por las olas de aquella tormenta imprevista. Estos muchachos se han convertido normalmente en unos señores, han adquirido un puesto profesional, en la política muchas veces, en las relaciones familiares; son cada vez más decididamente lo que son, su caparazón se va haciendo cada vez más espeso y más seguro, y en este sentido te digo que simplemente sucede esta cosa triste que a todo el mundo en general le sucede, y que no tiene demasiado interés.

¿Por qué cuesta tanto trabajo decir la verdad?

Tal vez es que no se puede pretender decir la verdad. Pienso que a lo más que se puede aspirar (y para esto ya hace falta mucha limpieza y mucha suerte) es a llamar mentira a las verdades que se nos venden como tales. Hace falta para ello, pienso, un desprendimiento de ideas, de creencias. Porque las ideas en las que uno cree son las ideas que le están impuestas a todo el mundo, y ésta es la principal dificultad. Llamar mentira a esa verdad, ser capaz de descubrir que la nuez estaba vacía, es algo que requiere, lo primero, haberse desprendido de esa creen-

cia falsa en que la seguridad, la vida, la felicidad, dependen de creer o no creer una determinada cosa.

No sé si fue Baudelaire quien dijo: «Yo, ¿feliz?: no creo haber caído tan bajo».

Bueno, aparte de lo que la *boutade* tenga de tal, se le podría dar razón de una cierta manera, llevándola más allá. Hay una incompatibilidad simplemente entre eso a lo que alude con 'ser feliz', que podría decir algo como perderse en las olitas de la mar, desleírse, y eso otro a lo que se llama 'yo'. Esas dos cosas no son compatibles, como alguna otra vez he tenido que reconocer; simplemente así es como Moisés no entra en la tierra prometida. Yo no entro en el paraíso, y felicidad y Yo somos cosas incompatibles.

¿Hay alguna tierra prometida en el mundo?

Prometidas hay muchas. De esto saben cantidad los políticos, los comerciantes: no hacen más que prometer tierras nuevas, unas veces literalmente, como en el caso de las Agencias de Turismo ofreciendo sitios que, precisamente en la medida que va siendo cada vez más imposible que sean distintos unos de otros, pretenden seguir siendo distintos y mereciendo la pena de que se viaje a ellos. Otras veces, políticos y comerciantes ofrecen la Tierra Prometida en el Futuro (esto es tal vez lo que les gusta más), ofrecen el Día de la Justicia o el Día en que la Humanidad alcance tales o cuales hitos de Progreso. En fin, que de promesas estamos llenos: en realidad, estamos constituidos como Sociedad por toda esa cantidad de promesas; es muy deseable aprender a cerrar los oídos a todas esas promesas. En cambio, por debajo de ello, hay, no una tierra prometida, sino un paraíso perdido. Eso lo hay siempre, eso está en el corazón, eso no hace falta que ningún comerciante ni ningún político te lo diga. Cualquier niño, desde que se le obliga a ser hombre, siente por debajo de esa personalidad suya, en eso a lo que aludo como corazón tal vez impropriamente, late una añoranza de aquello perdido desde siempre, de aquello que puede llamársele paraíso, puede llamársele la vida posible y nunca real, o como se quiera. Pero en todo caso es esa añoranza la que podría mover de una manera eficaz y práctica para romper con las creencias y también, de paso, para hacer capaz a uno de no oír las promesas de ningún Futuro.

No sé si estoy ante un loco o un cuerdo. En cualquier caso ¿qué es la cordura y qué es la locura?

Con respecto a mí, no soy el más indicado para aclararte la cuestión; eso ya se comprende. Me parece que soy una persona demasiado corriente y normal, tal vez escesivamente. A veces me encuentro un poco demasiado corriente, dema-

siado normal, y eso no me estrañaría que de vez en cuando diera la impresión de una cierta chaladura; porque, bien al contarlo, la normalidad está constituida por una forma de locura. Dejándome a mí de lado (tema, por otra parte, poco interesante), en cuanto a la locura en general, lo que más tengo ganas de decirte es que yo hace mucho tiempo que no establezco muchas diferencias entre lo que se llama locos y cuerdos; y cada vez menos. Me encuentro, por ejemplo, con un amigo que se lanza a hablarme de sus visiones (por ejemplo ha atravesado una sierra y al otro lado de la sierra se le ha aparecido una virgen con la cual ha estado departiendo toda la noche), y entonces sufro como cualquiera la tentación de considerarlo un visionario, loco o demente de alguna manera; y en cambio se pretende que cuando, antes de la hora de comer, tomando un vermut, encuentro a un señor que se pone a discutir desafortadamente acerca del comportamiento del arbitro en un partido de fútbol del día anterior, y llega casi a las manos con otro de los de la barra; y a este señor se le considera normal. Para mí es desde luego una locura mucha más flagrante, o en todo caso no tendría muchas ganas de establecer muchas diferencias, de tal forma que me encuentro muchas veces hablando de una manera mucho más fluida y corriente con gente a la que a lo mejor se llamaría loco, que con la gente que participa de una locura generalizada, la cual por conveniencia de los dirigentes se hace pasar como normalidad.

¿Qué no te gusta de España?

Sobre todo 'España', es decir, el nombre, la idea, que trata de configurar, de enterrar bajo ella muchas cosas hermosas con las que me he tropezado a lo largo de los años: tierras, callejas de ciudades (como por ejemplo de ésta misma), gentes, sobre todo de lo que podríamos llamar pueblo si la palabra no estuviese tan prostituida; y precisamente por amor de esas tierras, de esas callejas, de esas gentes, es por lo que el odio tiene que centrarse en la abstracción, el ideal, el nombre, que es a lo que normalmente alude la palabra 'España', de ahí que sin duda te pueda decir que, de todo esto, lo que más decididamente no me gusta, contra lo que más decididamente estoy es el propio nombre, que es la más pesada de las Realidades, (porque no hay ninguna Realidad más pesada que las ideas y los ideales).

Tú eres de Zamora...

Nací en Zamora, sí: en la capital. Mis abuelos, tres de ellos eran de la provincia, de Granja de Moreruela, un poco a caballo entre los últimos límites de Castilla, la tierra de campos y el otro lado del Esla, que ya es una tierra distinta, porque empieza a parecerse a la gallega. Y mi vida de niñez es esa pequeña ciudad provinciana que era entonces Zamora.

¿Qué rito provinciano echas de menos en Madrid?

No echo ningún rito provinciano como tal de menos. Echo de menos, es decir, recuerdo, añoro, cosas efectivamente de la pequeña capital provinciana. Sobre todo porque Zamora misma, a la que vuelvo con frecuencia, a donde me retiro por ejemplo para escribir, ha dejado de ser aquella pequeña capital provinciana. Por tanto tengo que acordarme de los baños en el Duero, las carreras por las callejas mal iluminadas, olores de los barrios que se han perdido; y yo no digo que cosas equivalentes no se pudieran encontrar en Madrid, por lo menos en el Madrid de ayer o de anteayer, pero en todo caso cada uno tiene su añoranza, la de sus años de niñez, esos años terribles en que uno está obligado a conformarse, a informarse o formarse como hombre y que en ese proceso dejan siempre una huella, aunque todas las añoranzas de las diferentes ciudades o pueblos o campos en los que uno ha vivido sean tan distintas, en otro sentido también puede decirse que tal vez las añoranzas de todos, las tuyas, las mías, sean la misma.

¿Eres nómada o sedentario?

Más bien sedentario, yo creo; es decir, que no me animo demasiado fácilmente a viajar, tal vez un poco cada vez menos, en cuanto que los alicientes a lo mejor han disminuido. Me gusta tener un pretexto práctico para ir a alguna ciudad o algún pueblo; por ejemplo, cosas tan viles como que me llamen a dar una conferencia o hacer un recital de poesía; entonces con ese motivo me meto en el tren y precisamente porque no he ido a hacer turismo ni siquiera por placer, sino por un negocio, precisamente por eso, de paso, encuentro un placer, en esto de que las tierras, los arbolitos, como decía Antonio Machado, desfilen por delante de la ventanilla y cosas por el estilo. Hay una relación curiosa en esto de que cuando se va a viajar por placer es cuando el placer se vuelve imposible, y que en cambio, por sorpresa, por descuido, cuando uno tiene otra finalidad, no demasiado coactiva, no tan coactiva que le ciegue a uno los ojos para mirar por la ventanilla, entonces puede encontrar algo de placer.

¿Quieres hablar mal de alguien?

No, personalmente, no. No tengo ninguna gana; sería una cosa para la que tendría que hacerme una fuerza enorme. En general, las personas personales, con sus nombres propios, me resultan demasiado poco interesantes como para gastar saliva en esa labor.

¿Tú de qué manera olvidas?

De muchas maneras, pienso. El olvido es una cosa bastante misteriosa. Yo pienso que las cosas que tenían algo de vida, de esa posible vida que te digo que se opone a la Realidad: los sitios, los encuentros, los abrazos que amenazaban con tener algún resto de vida, éstos se olvidan precisamente para recordarse mejor; es decir, que se borran de la conciencia (muchas veces olvidas el nombre de la mujer o el nombre de la ciudad o del río al que te asomabas desde el puente), pero precisamente se olvidan para que por debajo de la conciencia esas huellas puedan estar más vivas y volver a vivir en cualquier momento, por cualquier motivo que provoque la reviviscencia de esos recuerdos. En cambio, otras muchas cosas, especialmente las que tienes que aprender a la fuerza y en forma de ideas, de las cuales simplemente te desprendes y si es posible las anulas, porque hay mecanismos sanos en uno que siguen funcionando y que tratan de librarle muy cuerda-mente de todas esas cargas.

¿Cuál era el actor, que no me acuerdo ahora mismo, de Muerte en Venecia?

Tampoco yo recuerdo el nombre. No soy muy frecuentador ni de cinematógrafos ni de otras cuestiones...

¿Te sientes... (viste la película)?

Muerte en Venecia, sí la vi. Fue en mis años de París, que fue una temporada en la que iba bastante al cine.

¿Te sientes como Bogart cuando está en el barco con la mirada perdida?

No recuerdo tal vez bien la situación de la película...

¿Te asusta la vejez?

La vejez, asustarme, asustarme, no. Además, tomada así en abstracto tampoco reconozco su presencia en mis pensamientos ni en mis preocupaciones. Hay muchas cosas que me fastidian y que están ligadas con la vejez. Por ejemplo, no tengo ningunas ganas de que me salgan arrugas ni me salgan canas, por referirme a lo más superficial; mucho menos de perder algunas otras facultades que en algún momento puedo haber gozado en ejercer. Pero todo eso para mí no se configura como una noción conjunta de vejez. En realidad, yo creo que no me interesa mucho la cuestión de la vejez. Al lado del verdadero motivo del miedo (y

más que miedo, algo que está mucho más allá del miedo, que es la incapacidad de entender eso a lo que se alude con 'muerte', la desaparición), todo lo demás, juventud, vejez, la verdad es que tiene muy poca importancia.

No sé cuáles son las cosas que para tí tienen importancia...

Pues verás, en un sentido tienen importancia las cosas reales, la Realidad, y especialmente cuanto más configurada y poderosa sea. Por eso, para ir contra ella, es por lo que esas cosas se vuelven notables e importantes, esas abstracciones políticas, esas formas del Poder, del Capital o del Estado, son evidentemente importantes como enemigos. Tal vez, no me resultarían importantes las cosas por ejemplo de los políticos o de los negociantes, pero el negocio, el proceso de transformación del Dinero en sucesivas formas de Capital o los trucos del Estado para subsistir, esas cosas son para mí importantes, muy importantes. En otro sentido de la palabra, para mí son valiosas, deseables, pues las cosas más sensitivas: el respirar bien, olores, el fresco cuando hace calor, ráfagas de amor (si llegan alguna vez) pero éstas yo no las llamaría propiamente importantes, preferiría decir eso, deseables, valiosas.

Agustín García Calvo, ¿tú crees en el ser humano?

Procuro creer lo menos posible en cualquier cosa que sea, por tanto, entre ellas ésa y en un lugar bastante prominente. De verdad no sé qué quiere decir 'ser humano'. Sé lo que quiere decir 'ser', y naturalmente estoy obligado a creer, porque yo mismo sería un Ser; a saber: Yo Mismo, y esto me fastidia, es decir que es una especie de creencia con la que cargo y de la que trato continuamente de desprenderme, generalmente por el camino de irme desprendiendo de todas las demás ideas que después de todo están íntimamente relacionadas con esta idea de Mí Mismo. Y en cuanto a 'hombre', la palabra ha tenido tantos usos; los hombres se preocupan tanto de sí mismos y de tantas malas maneras que en definitiva y tal vez por fortuna en este momento ya no sé bien qué quiere decir. Como lingüista o gramático me he ocupado muchas veces de hasta qué punto la condición del lenguaje viene a ser definitiva para eso a lo que se alude como 'humano' o como 'hombre'. Pero en verdad a mí lo que me apasiona es el lenguaje mismo y cualquier criatura o sitio donde el lenguaje apareciera para mí entonces habría que llamarla tal vez Hombre; o, no sé, en definitiva, en definitiva es una historia bastante interesante, enigmática, esta del hombre de las tres patas del enigma que la esfinge le propuso a Edipo. Pero en último término sería más bien objeto de eso, de adivinanza, de intento de descubrimiento, por la vía del lenguaje o por cualquier otra vía, pero en modo alguno un objeto de creencia.

¿Tú sabes por qué el hombre es un lobo para el hombre?

Es que eso no lo creo. Aparte de mi falta de creencia en el hombre en general, tengo una falta de creencia especial para esa máxima de Hobbes, que aparte de haber estado formulada por él, está por supuesto en el fundamento de muchos de los manejos y de las instituciones del Poder. Se comprende fácilmente: si no se sospechara que el hombre es un lobo para el hombre, es decir, que, desasistidos de la protección y vigilancia de las instancias estatales, nos íbamos a lanzar unos sobre otros a arañarnos y comernos; en ese momento las instituciones políticas y todo perdería justificación, caerían por su base en cierto sentido. Es muy pertinente pensar también que, tras liberarse de todas esas cadenas, de todas esas instituciones, podrían llegar a ser unas criaturas angélicas, sumamente amables los unos para con los otros, todo el día abrazándose y besándose. No hay por qué contraponer una creencia a la otra; simplemente, a mí me parece que basta con perder la creencia del *homo hominini lupus*, y perderla precisamente en cuanto se la ve tan necesaria para el sustento de muchas instituciones y manejos. Porque hay que cuidarnos, sería terrible: caeríamos en el caos si no hubiera leyes, si no hubiera magistrados y dirigentes que nos vigilaran y nos condujeran. Esta falsedad es importante también.

¿Aún te asombras de ti?

«De mí» no sé bien en qué sentido se podría decir. Por un lado me asombro constantemente de mi propia torpeza, estupidez y, por decirlo en una palabra, de lo mucho que a pesar de todo, todavía sigo creyendo en cosas, aferrándome a cosas, y tal vez este asombro que a veces se vuelve desesperación, puede ser lo que me mueva a intentar cada día ese descubrimiento, ese desprendimiento de ideas. Por otro lado, me asombro, no de mí, que no tengo más que eso de asombro, sino me asombro de que a través de mí todavía puedan funcionar cosas que en efecto son muy maravillosas, en la sangre, en la piel, y sobre todo en la voz y en el lenguaje, que no es mío.

¿Te gusta vivir arriba o abajo?

Abajo, por supuesto. Vivir Arriba no tiene sentido; Arriba está la Gloria Eterna y eso no es vida: eso es la Gloria Eterna; es decir, el sitio donde están los poderosos, el sitio desde el cual se manda. Si hay vida en algún sitio, sería abajo, y cuanto más abajo mejor. Nunca llegaremos al fondo.

¿Qué harías con una pistola?

Con una pistola nada, es decir, me desprendería de ella lo más rápidamente posible. Si acaso esa pistola pudiera ser un representante de las pistolas en general, de la idea de 'pistola', entonces estaría contentísimo de hacer desaparecer semejante instrumento, porque lo que siento muy a fondo es que los instrumentos y los medios en general no son inocentes, llevan escrita su propia utilización, su fin, en la forma; entonces mi deseo mejor es destruir todos aquellos instrumentos que tienen ya un destino bien conocido en su propia forma.

A ti esas palabras de «igualdad, libertad y fraternidad», ¿a qué te suenan?

Me suenan, como a ti, a un tópico bien conocido, ligado con aquello que en un tiempo se llamó revolución. Yo sé bien que esas palabras (especialmente la más negativa de las tres: libertad), aludían efectivamente a un deseo que estaba muy en contra de todo aquello que es la Realidad opresora y costituida. Pero por desgracia cuando se las convierte en palabras (y por tanto desde ese momento pueden ser ideas y hasta ideales) en ese momento se vuelven en contra de sí mismas.

¿La libertad tiene límites?

Libertad, si la hubiera, sería indefinida por definición; es decir, que no podría tener límites. Tener límites querría decir justamente lo contrario de eso a lo que alude 'libertad'. Pero naturalmente la libertad ya costituida, con su nombre manejable por los políticos, por ejemplo, ésa es una libertad que tiene que tener límites, como en la frase consagrada que asiste a la democracia en general: «mi libertad termina donde empieza la libertad del otro». Una frase que de una manera muy típica consagra esta creencia absurda de que uno es uno mismo y tiene su voluntad y es capaz en cierto sentido de hacer su vida, y que al mismo tiempo uno es como los otros y por tanto forma parte de un casillero en el que cada uno debe ocupar su casilla. Este conglomerado de dos creencias perfectamente contradictorias es fundamental de toda sociedad, y en especial las democráticas han tenido que desarrollar esa fórmula típica que acabo de citarte.

¿Qué has aprendido de las mujeres?

De las mujeres he aprendido pues mucho de todo lo más desesperante, por no llamarlo malo; y en otro sentido he aprendido desaprendiendo también, para mí lo más apreciable y deseable. Ellas me han forzado en efecto muchas veces a desprenderme de esas ideas, especialmente las que necesita el varón, el representante del sexo dominante para mantenerse en este mundo; por otra parte, por

desgracia, me han enseñado muchas cosas, porque también ellas estaban, están sometidas a las creencias y a las ideas que les corresponden.

¿Qué tienen que ver una mujer y un hombre? ¿Qué tienen que ver entre sí?

Bueno, pues ya sabes, tienen que ver que por un lado a lo mejor eran los dos, en tiempos antes del Tiempo, que podían retozar de maneras especialmente amables y paradisíacas, y por otra parte tienen que ver que son las dos partes contratantes de un contrato, del contrato de la Pareja, que, como no ignoras, es uno de los fundamentos de todo este mundo. Así que tienen que ver en dos sentidos perfectamente contradictorios.

¿Crees en los principios?

«Creer en principios» puede querer decir que yo crea en principios, y eso, como te decía antes, por desgracia es una especie de necesidad en la medida en que yo sigo siendo Yo y es para mí un objeto de lucha y de intento constante de desprendimiento. Ahora, que yo crea que hay principios y que los principios están rigiendo este mundo, es otra cosa: eso no es una creencia, es una mera constatación.

¿Qué sientes ante la presencia de un mendigo?

Sentimientos un poco embarazosos, como yo creo que le pasa a todo el mundo. Recuerdo que en otros tiempos, gente, por ejemplo militantes de partidos de izquierda, que tenían las ideas muy claras, habían sacado la convicción de que no había que dar limosna, puesto que con ello se favorecía el mantenimiento de un Orden que lo que había que hacer era destruir; por otra parte está la actitud de los compasivos y generosos sin límites, y pienso que uno, como persona corriente, participa de las dos actitudes. Por mi parte, la cuestión se resuelve generalmente de la manera más fácil, es decir, me comporto frente a un mendigo como frente a cualquier otra persona, tratando de no plantearme demasiados problemas y seguir adelante.

¿Cómo te gustaría que nos despidiéramos?

Pues de una manera que no implicara una despedida definitiva, que se asemejara a la muerte, por supuesto. Sin embargo, tal vez para ello y aunque parezca contradictorio, lo mejor sería despedirnos con alguna forma de versos que recordaran esa misma muerte o algo relacionada con ella.

Estos, por ejemplo, del Libro de Conjuros, en que se cuenta cómo la figura de Sísifo se enfrentaba con el enigma.

Pídeme que te requiebre,
que te cubra de crisantemos y rosas;
pero no me pidas
que te sea sincero como piden los comisarios y las novias.

No, señora de mis ansias:
eso no lo averiguarás por más que corras,
si te estoy hablando
desde el fondo del alma, si engañándote estoy acaso a cada copla.
¿Cómo quieres que te quiera
y te haga declaración clara y redonda?
¿para que me quede
congelado en el dicho y que luego por la palabra tú me cojas?

No: más bien haré de modo
que me escurra a tus artimañas imperiosas,
y te haré que caigas
en mi trampa, si vienes, como cuentan de lo de Sísifo el eólida,

del que bien te acordarías,
si no fueras tan enemiga de memorias:
que una vez viniste,
como sueles, a verlo y a decir silenciosamente «Es la hora»;

que él, fingiendo obedecerte,
te enredó en los tejemanejes de la lógica:
una cuerda fina
de una seda invisible te tenía de tiempo atrás hilada a rosca;

conque así te habló: «Mancebo,
hace tiempo que te esperaba en la congoja
de que no llegabas
y que nunca acabase
esta vida desesperada y trabajosa.

Pero, puesto que has venido,
es el fin indudablemente. Así que toma;
coge por la punta

del cordel de mi vida, que en su fin resumida está mi vida toda,

y si agarras por el cabo,
seré. tuyo hasta las raíces de mi historia».
Conque tú, creído,
agarraste; y él, rápido,
hacia atrás se dejó escurrir por la maroma,

Y de un salto al otro lado
se te puso, y como eco allí «Perdona»,
dijo «es que resulta
que. también todavía
de mi vida quedaba atrás aquí una sobra;

pero, si te das la vuelta,
en un tris te apoderarás de mi persona».
Te volviste airado
y te echaste a atraparlo;
pero en tanto, a su vez giró al revés y en contra

estirando de la cuerda
y gritándote a las espaldas «Hola, hola,
eh, que estoy aquí:
píllame»; y cada vuelta que te volvías, se revolvía él otra y otra,

siempre «Estoy aquí» gritando;
que, diciéndote la verdad a cada torna,
vez a vez mentía
con verdades; y al cabo te enrató como rapacillo su peonza,

hasta que quedaste atado
por su fuerza y por a la vez tu fuerza propia;
y al tenerte presa
ni él ya nunca moría
ni ninguno de los mortales de su horda.

Cómo era el fin del cuento,
la verdad que ni lo recuerdo ni me importa;
pero tú bien puedes
entenderlo a tu modo
y sacarle la moraleja que te toca.

Yo te digo que en mentirte
mi saliva se gastará gota tras gota.
Dicen que el que avisa
no es traidor. No me creas.
No te creas ni lo que te estoy diciendo ahora.

ENTREVISTA DE JESÚS QUINTERO A AGUSTÍN GARCÍA CALVO
EL LOCO DE LA COLINA
RADIO-3
Enero de 1997